Miscelánea

La utilidad del caos y del carisma. Una perspectiva anarquista.

The uses of disorder and «charisma». An anarchist perspective.

La utileco de ĥaoso kaj de karismo. Anarĥiisma perspektivo.

James C. Scott *(Universidad de Yale, EE.UU.).*
Recibido: 14/03/2012. Aceptado: 11/06/2012.

Resumen: Este artículo analiza el paradójico papel de la insubordinación y el carisma en el cambio social democrático. Por un lado, el caos provocado por la desobediencia masiva han servido para proyectar la "voz de los sin voz" e influir en la agenda de las élites políticas deseosas de apaciguar a las masas. A pesar de pasar inadvertidos para la mayoría de los historiadores, dichas "formas de resistencia cotidiana" constituyen una especie de gimnasia anarquista capaz, bajo determinadas circunstancias, de desencadenar una serie de reacciones que trastoquen los pilares del orden social. Históricamente estos actos son mucho mas frecuentes que la acción colectiva declarada, pues entrañan mucho menos riesgos para sus protagonistas. Por otro lado, el carisma tiene, contra lo que suele pensarse, un componente democrático. El líder carismático, al necesitar constantemente la aprobación de sus seguidores, amolda de manera casi sistemática sus discursos y proyectos a las aspiraciones de éstos. En definitiva, ambos mecanismos, caos y carisma, tienen el efecto de proyectar los intereses y ambiciones de los grupos subalternos, democratizando así las estructuras sociales.

Palabras Clave: anarquismo, insubordinación, democracia, representatividad, participación política.

La ley de Scott de la gimnasia anarquista

Se me ocurrió esta ley en Nuevo Brandenburgo, en Alemania, a finales del verano de 1990. Iba a pasar un año en Berlín, como profesor invitado del Wissenschaftskolleg, así que tenía que esforzarme por mejorar mi casi inexistente dominio del alemán. Pero en vez de ir a clase todos los días en alguna sucursal del Instituto Goethe, con un montón de adolescentes con acné, se me ocurrió que sería mejor buscar trabajo en una granja. Como el muro había caído un año antes, pensé que a lo mejor podía conseguir un empleo de verano, durante seis semanas, en alguna de las granjas colectivas de Alemania Oriental (que antes se llamaban LPG, por sus siglas en alemán, y ahora, «cooperativas»). Dio la casualidad de que un amigo del Wissenschaftskolleg tenía un familiar que tenía un cuñado que era el director de una en el minúsculo pueblo de Pletz. Aunque no se mostraba muy entusiasmado con la idea, estaba dispuesto a darme una habitación y pensión completa a cambio de mi trabajo en la granja y de un alquiler semanal bastante alto.

Como terapia de choque para mejorar mi alemán, el plan era perfecto. Pero como placentera y educativa estancia de verano en el campo fue una auténtica pesadilla. Para empezar, los habitantes del pueblo, y sobre todo mi anfitrión, sospechaban de mis verdaderas intenciones. Tal vez tuviese la misión de fisgonear en las cuentas de la granja y descubrir supuestas irregularidades. O tal vez fuese la avanzadilla de ciertos agricultores holandeses, interesados en buscar tierras para arrendar en la zona tras el colapso del socialismo.

Lo cierto es que la granja colectiva de Pletz era un paradigmático ejemplo de ese colapso. Se había especializado en cultivar una variedad de patatas que tenían mucha fécula

y que ni siquiera eran aptas para el consumo humano, aunque los cerdos las podían comer, si no tenían otra cosa. En realidad, se procesaban para extraerles la fécula, que se usaba como base de los cosméticos de la Europa Oriental. Pues bien, nunca en la historia se ha hundido un mercado tan rápido como el del maquillaje del bloque socialista tras la caída del muro. Como consecuencia, montañas enteras de estas patatas estaban tiradas junto a las vías del tren, pudriéndose bajo el sol del verano.

Mis anfitriones, además de preocuparse por las desgracias que aún les aguardaban en el futuro y el papel secreto que yo podía jugar en ellas, tenían otro problema más inmediato: mi escasa comprensión del idioma alemán y el peligro que esto representaba para la pequeña granja. Podía equivocarme un día, sacar a los cerdos por la puerta que no era y llevarles al campo del vecino. O dar a los gansos el pienso de los toros. O, peor aún, ir a trabajar al granero, no cerrar la puerta y dejar que entrasen los gitanos. Debo reconocer, ciertamente, que la primera semana les di más de un motivo para preocuparse. Tal vez por ello cogieron la costumbre de hablarme a gritos con la vana esperanza, que parecemos tener todos los humanos, de que dar voces ayuda, de alguna manera, a superar la barrera del idioma. Con todo y con eso, mantuvieron la apariencia de buenos modales, aunque las miradas que intercambiaban entre sí a la hora de la cena dejaban claro que se les estaba acabando la paciencia. Por mi parte, me estaba hartando del halo de sospecha que me rodeaba, por no mencionar mi más que evidente incapacidad a la hora de entenderles y mi incompetencia en general.

Para preservar mi cordura y la suya, decidí pasar un día a la semana en la cercana ciudad de Nuevo Brandenburgo, a pesar de que llegar hasta allí no era nada fácil. Para empezar, el tren no paraba en Pletz a no ser que se pusiese una bandera junto a las vías para indicar al maquinista que había una persona esperando en el pueblo. De nuevo, a la vuelta, había que decirle dónde se quería quedar uno y entonces paraba en medio de unos campos para que el pasajero pudiese bajar. Una vez en la ciudad, me dedicaba a pasear por las calles, iba a bares y cafeterías, hacía como que leía los periódicos alemanes, echando miradas de tapadillo a mi diccionario, y en general intentaba no hacerme notar.

El tren que paraba en Pletz salía de la ciudad una vez al día, a eso de las diez de la noche. Perderlo significaba tener que dormir al raso en aquella ciudad desconocida, por lo que me aseguraba de estar en el andén por lo menos media hora antes. Una vez a la semana, durante algo más de mes y medio, se repetía la misma e intrigante escena frente a la estación del tren. Esto me dio tiempo de sobra para analizarla, como actor y como espectador, y la idea de la gimnasia anarquista surgió en el curso de esta «observación participante», como hubiese dicho un antropólogo.

Frente al edificio de la estación había un cruce de carreteras importante para los estándares de Nuevo Brandenburgo. Durante el día había un tráfico bastante animado de peatones, coches y camiones, regulado por unos semáforos. Sin embargo, al caer la tarde, los vehículos prácticamente desaparecían, mientras que el número de peatones era mayor para disfrutar de la brisa fresca del atardecer. Por lo general, entre las nueve y las diez de la noche, grupos de cincuenta o sesenta personas, más de una con alguna copa de más, cruzaban la carretera. Supongo que los semáforos estaban adaptados para dirigir el tráfico de vehículos del mediodía y no el intenso paso de peatones de las tardes, porque llegaban a juntarse hasta cincuenta personas, que esperaban pacientemente a que cambiase el semáforo para darles paso. Cuatro minutos, cinco, a veces incluso más, que se hacían interminables. Ahora bien, el paisaje de Nuevo Brandenburgo, en la llanura de Mecklenburgo, es liso como una tabla. A cada lado del cruce se podía ver algo así como kilómetro y medio de carretera, en la que, generalmente, no había tráfico alguno. Muy de vez en cuando se podía ver algún coche Trabant, pequeño y lento, que se acercaba echando humo hacia el cruce.

En unas cinco horas, en total, en las que estuve contemplando esta escena, apenas hubo dos ocasiones en que alguien cruzó con el semáforo en rojo, y siempre con un coro de murmullos y dedos que se levantaban en señal de desaprobación. También yo tomaba parte en todo esto. Si mi intento más reciente de chapurrear el alemán había fracasado y me había dejado bajo de ánimo, me mezclaba con los demás y esperaba todo lo que hiciese falta hasta que cambiaba el semáforo. Estaba temeroso de enfrentarme a las miradas que me esperaban al otro lado si cruzaba antes de tiempo. Si, por el contrario (menos veces), me había ido bien en mi última conversación y tenía la autoestima alta, me atrevía a cruzar a pesar del semáforo en rojo. Para animarme pensaba que no tenía sentido obedecer una ley sin importancia que iba en contra del sentido común.

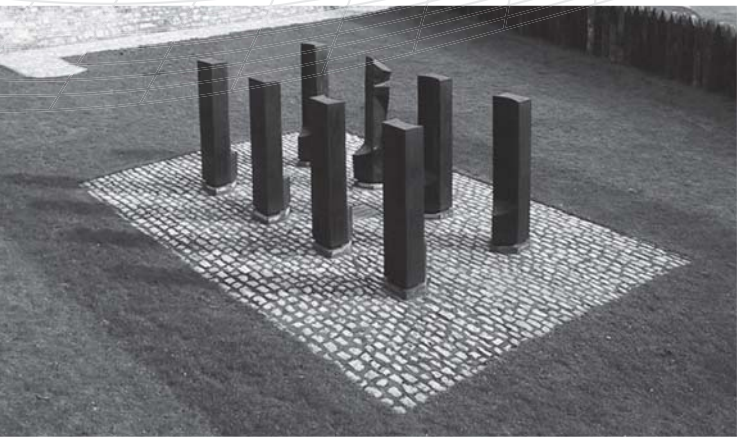
En cualquier caso, me sorprendía que fuera necesario echar mano de esa determinación para algo tan simple como cruzar una calle, cuando se hace frente a la desaprobación de los demás. Lo cierto es que mis convicciones racionales tenían muy poco peso frente a la presión de los murmullos. Puede ser que avanzar a grandes pasos a través de la calle, con aparente resolución, causase todavía una mayor impresión, pero la verdad es que requería más valor del que yo disponía.

Para justificar mi conducta frente a mí mismo, empecé a preparar un pequeño discurso, que me imaginaba pronunciando en un perfecto alemán. Decía algo así como: «¿Sabes?, a ti y sobre todo a tus abuelos, os habría venido muy bien un poco de espíritu de desobediencia. Algún día tendrás que enfrentarte a una ley importante en el nombre de la justicia y la racionalidad. Tal vez todo dependa de ello, así que tienes que estar preparado. Y, ¿cómo te vas a entrenar para ese día decisivo? Tienes que ejercitarte para estar en forma cuando haga falta. Lo que necesitas en una gimnasia anarquista. Más o menos cada día tienes que saltarte alguna ley ridícula, que no tenga ni pies ni cabeza, aunque solo sea cruzar con el semáforo en rojo. Debes ser tú quien decida si una ley es justa o razonable. Así te mantendrás en forma y cuando llegue el gran día estarás preparado».

Decidir cuándo es razonable saltarse la ley requiere una cuidadosa meditación, incluso cuando se trata de algo tan irrelevante como cruzar en rojo. Pensaba en esto una vez que fui a visitar a un académico holandés, ya jubilado, cuyo trabajo admiraba desde hacía tiempo. Cuando fui a verle era un maoísta declarado, firme partidario de la Revolución Cultural y el *enfant* terrible de los departamentos de política de la universidad holandesa. Me invitó a comer a un restaurante chino cerca de su casa, en la pequeña ciudad de Wageningen. Llegamos a un cruce y el semáforo estaba en rojo. Wageningen, al igual que Nuevo Brandenburgo, es completamente plana y se podía ver la carretera a kilómetros de distancia en ambas direcciones. No venía ningún coche, así que sin pensarlo dos veces me dispuse a cruzar la calle. En ese momento, el profesor Werthein dijo: «James, tienes que esperar». Me quejé tímidamente mientras volvía a la acera: «Pero, profesor Werthein, no viene ningún coche». «James,» –dijo él inmediatamente– «sería un mal ejemplo para los niños». Aquello me sirvió de lección, instructiva y humillante a la vez. He aquí un revolucionario maoísta con un sutil sentido de la responsabilidad cívica, casi diría típico de los holandeses, mientras que yo me había comportado como un despreocupado gringo, inconsciente de los efectos que tienen sus acciones sobre el resto de ciudadanos. Ahora, cuando cruzo en rojo, miro bien a ambos lados para asegurarme de que no hay niños que puedan verse perjudicados por mi mal ejemplo.

Cuando mi estancia en Nuevo Brandenburgo estaba llegando a su fin, un acto público planteó el tema del desacato a la ley de una manera aún más obvia. Un pequeño artículo en un periódico local informaba de que un grupo de anarquistas de Alemania Occidental (aún quedaba más de un mes para la reunificación formal, la llamada *Einheit)* iba recorriendo las plazas de las ciudades de Alemania Oriental con una enorme estatua de papel maché subida en la parte de atrás de un camión. Habían tallado la silueta de un hombre corriendo en un bloque de granito y lo habían titulado *Monumento a los desertores desconocidos de ambas guerras mundiales (Denkmal an die unbekannten Deserteure der beiden Weltkriege)*. Llevaba escrita la frase: «En memoria de los que se negaron a matar a sus semejantes».

Me pareció un magnífico gesto anarquista, porque subvertía el manido y universal tema del soldado desconocido: el anónimo recluta de infantería que muere honorablemente en el campo de batalla en nombre de los intereses de su país. Incluso en Alemania, incluso en la hasta hace muy poco Alemania Oriental (a menudo homenajeada como «el primer estado socialista en tierra germana»), este gesto claramente subversivo fue muy mal recibido. No importa cuánto rechacen los alemanes progres los actos de la Alemania nazi, aún siguen admirando sin reservas la lealtad y el sacrificio de los esforzados soldados de su país. Puede que Bertolt Brecht tomara a Svejk, el soldado y antihéroe checo, que prefería comer salchichas y beber cerveza junto a una buena fogata antes que dejarse matar por su patria, como un modelo de resistencia popular contra la guerra. Pero a los próceres municipales, en los últimos momentos de la Alemania Oriental, no les hacía ninguna gracia esta broma de papel maché. En general, solo duraba en las plazas de las ciudades lo que tardaban las autoridades locales en reunirse y prohibir su exhibición. Así se inició un periplo de opereta: de Magdeburgo a Potsdam y luego a Berlín Este, Bitterfeld, Halle, Leipzig,



Lam. 1. Monumento al desertor, Thomas Nicolai (Erfurt, Alemania).

Weimar, Karl Marx Stadt (Chemnitz), Nuevo Brandenburgo y Rostock, para acabar de vuelta en la que todavía era la capital federal, Bonn. Puede que fuesen precisamente estas carreras de una ciudad a otra y la publicidad que proporcionaban, inevitablemente, al monumento, lo que los organizadores tenían en mente desde el principio.

La intervención se mostró contagiosa, sin duda debido a la atmósfera embriagadora de los dos años posteriores a la caída del muro. En poco tiempo, grupos de izquierda y anarquistas de todas partes de Alemania habían erigido sus propios monumentos municipales a la deserción. No era poca cosa que un acto tradicionalmente asociado con la cobardía y la traición se ensalzase de repente como algo honorable e incluso digno de imitación. Tampoco era de extrañar que Alemania, que tan alto coste humano ha pagado por el patriotismo al servicio de objetivos inhumanos, se encuentre entre las primeras naciones en cuestionar de manera pública el valor de la obediencia y erigir monumentos a los desertores en las plazas públicas antes dedicadas a Lutero, Federico el Grande, Bismark, Goethe o Schiller.

Un monumento a la deserción representa un desafío conceptual y estético. Algunos de ellos, en algunos lugares de Alemania, tenían sin duda mérito artístico y por lo menos uno, el de Hannah Stuetz Menzel, en Ulm, conseguía recoger la capacidad de contagio que este tipo de actos valientes de desobediencia pueden llegar a tener.

La importancia de la insubordinación

Los actos de desobediencia tienen un interés especial en aquellas ocasiones en que constituyen un ejemplo y, sobre todo, cuando actúan como tal a la hora de iniciar una reacción en cadena que anime a otros a imitarlos. Cuando esto sucede, no se trata tanto de episodios individuales de cobardía o de objeción de conciencia (¡o tal vez de ambas a la vez!) como de un fenómeno social que puede llegar a tener consecuencias políticas de largo alcance. Repetidos miles de veces, los pequeños actos de desobediencia pueden acabar por arruinar los grandiosos planes diseñados por generales y jefes de estado. Habitualmente, este tipo de desacatos a pequeña escala no recibe titulares en los periódicos, pero de la misma manera que millones de pólipos dan lugar, de manera involuntaria, a una barrera de coral, miles y miles de casos de insubordinación y evasión pueden acabar por constituir un verdadero arrecife económico y político. En torno a ellos se da una doble conspiración de silencio. Muy pocas veces sus actores intentan llamar la atención sobre sus acciones, ya que su seguridad depende de su invisibilidad. Por su parte, los oficiales del ejército no tienen interés en poner de relieve los crecientes niveles de desobediencia, ya que hacerlo animaría a otros a imitarlos y haría evidente la baja moral reinante. El resultado es un extraño silencio que prácticamente deja fuera del registro histórico todas estas formas de insubordinación.

Y, sin embargo, estos actos, que en otra parte he calificado de «formas cotidianas de resistencia», han tenido un impacto enorme, a menudo decisivo, en regímenes, estados y ejércitos, contra los que se dirigen siempre de forma implícita. La derrota de los Estados Confederados del Sur en la Guerra Civil norteamericana se puede atribuir, casi con total certeza, a un gran cúmulo de deserciones e insubordinaciones. En otoño de 1862, poco más de un año después del inicio de la guerra, las cosechas se perdieron de manera generalizada en los estados del sur. Los soldados, especialmente los que provenían de regiones en las que no se usaba mano de obra esclava, recibían en el frente cartas de sus familias contándoles el hambre que pasaban y rogándoles que volviesen a casa. Y así lo hicieron, por millares, a menudo unidades enteras. Se llevaban sus armas con ellos y una vez de vuelta en las montañas, casi todos se opusieron de forma activa, mientras duró la guerra, al reclutamiento forzoso.

Más tarde, tras la decisiva victoria de las fuerzas de la Unión en Missionary Ridge en el invierno de 1863, se generalizó esta actitud y el ejército confederado se desangró por las deserciones, sobre todo, de reclutas que prove-

nían de zonas montañosas y de pequeñas propiedades. Estos no tenían interés económico alguno en la continuidad de la esclavitud, sobre todo si les podía costar la vida, y su actitud quedaba muy bien resumida en una frase que se hizo popular en aquella época en la Confederación según la cual «la guerra es cosa de ricos, pero las batallas las libran los pobres». No cabe duda de que esta percepción se veía reforzada por el hecho de que los dueños adinerados de las plantaciones que tuviesen más de veinte esclavos podían conservar un hijo varón en casa, presumiblemente para asegurar el mantenimiento de la disciplina de trabajo. Teniendo todo esto en cuenta, alrededor de un cuarto de millón de hombres en edad de combatir desertó del ejército o directamente evitaron ser reclutados. A este problema, al que tenía que hacer frente una Confederación que ya de por sí contaba con menos soldados que sus enemigos, se debe añadir el gran número de esclavos que escaparon a la Unión, sobre todo de los estados limítrofes del sur, que en muchos casos se alistaron en su ejército para combatir. Por último, parece ser que la población esclava que permaneció en el sur, espoleada por los éxitos de la Unión y reacia a esforzarse para aumentar la producción bélica, trabajaba con toda la lentitud posible y a menudo sus miembros se escapaban a refugios en los que no era fácil encontrarles, como el enorme pantano Dismal. Miles y miles de actos de deserción, desobediencia y negativa, pensados para no ser evidentes y pasar desapercibidos, contribuyeron a aumentar el potencial industrial y humano de los estados del norte y pueden haber sido un factor decisivo en su victoria final.

Las guerras de conquista de Napoleón también fracasaron, en última instancia, por similares oleadas de desobediencia. Si bien se dice que sus ejércitos invasores llevaron la Revolución Francesa al resto de Europa en las mochilas de sus soldados, también se puede decir, sin miedo a exagerar, que las fronteras de sus conquistas fueron delineadas por la negativa de quienes cargaban esas mochilas. En el período comprendido entre 1794 y 1796, bajo la República, y de nuevo a partir de 1812, ya en el Imperio, la dificultad de conseguir reclutas en los pueblos era manifiesta. Familias, pueblos, representantes locales del gobierno e incluso provincias enteras se organizaron para ocultar a los soldados que habían desertado o a quienes habían escapado a las levas, en ocasiones a costa de amputarse uno o varios dedos de la mano derecha. Las tasas de evasión y de deserción constituían una especie de referéndum sobre la popularidad del régimen y, teniendo en cuenta la importancia estratégica que tenían estos «votantes por el hecho» para los cuarteles de Napoleón, su resultado era inapelable. Puede que los ciudadanos de la primera república y del imperio napoleónico recibieran con entusiasmo la promesa de la ciudadanía universal, pero se mostraron mucho menos entusiastas con su consecuencia lógica: el reclutamiento forzoso.

En una mirada de conjunto sobre este tipo de actos, merece la pena destacar un hecho común a todos ellos: son prácticamente anónimos, se hacen siempre de tapadillo. De hecho, es su falta de notoriedad la que contribuye a su eficacia. La deserción es algo muy diferente a un motín declarado que se enfrenta de manera directa a la cúpula militar. No se hacen declaraciones públicas, no hay escritos ni manifiestos. Se trata de una salida discreta, más que de un portazo. Y, sin embargo, una vez que se populariza se impone a la voluntad de los comandantes, que saben que ya no pueden contar con la obediencia de sus reclutas. Durante la impopular guerra de Vietnam, el denominado *fragging,* que consiste en arrojar una granada de fragmentación a los oficiales que envían de manera repetida a sus hombres a misiones peligrosas, en las que pueden perder la vida, constituía un ejemplo dramático y violento, pero también anónimo, de acto de este tipo, que busca reducir el riesgo de muerte que la guerra acarrea para los reclutas. Es fácil imaginar cómo los casos de *fragging,* fueran imaginarios o reales, podían hacer que un oficial se lo pensase dos veces antes de proponerse a sí mismo y a sus hombres como voluntarios para misiones peligrosas. Por lo que yo sé, no hay estudios que hayan analizado la verdadera incidencia de estos actos, mucho menos el efecto que pueden haber tenido en la dirección de la guerra y en su conclusión. También en este caso, la complicidad del silencio es mutua.

El desacato a la ley y la desobediencia, por su naturaleza silenciosa, anónima y a menudo cómplice, bien pueden ser, desde un punto de vista histórico, los modos de acción política preferidos por los campesinos y las clases oprimidas, para quienes el enfrentamiento directo es demasiado peligroso. A lo largo de los dos siglos que van, aproximadamente, de 1650 a 1850, la caza y la pesca furtivas y la recolección ilegal de leña y pasto, tanto en las tierras de la corona como en las de propiedad privada, fueron los crímenes más «populares» en Inglaterra. Con este adjetivo quiero decir que eran a la vez los más habi-

tuales y los que recibían una aprobación más decidida por parte del pueblo llano. Dado que la población rural nunca había admitido que el rey o los nobles se apropiasen de los «regalos de la naturaleza», fuesen bosques, arroyos o prados, infringía regularmente sus derechos de propiedad de manera colectiva, hasta el punto de que en muchas zonas los títulos de la aristocracia sobre estos terrenos eran papel mojado. Y, sin embargo, este enorme conflicto en torno al derecho de propiedad se libró desde abajo de manera clandestina, sin que se produjese una declaración de guerra formal. Es como si los habitantes de las zonas rurales hubiesen conseguido disponer, por la vía de los hechos consumados y de manera desafiante, del usufructo de esos terrenos sin haber llegado nunca a reclamarlo de manera formal. A menudo se menciona el hecho de que la complicidad local era tan grande, que los guardabosques no conseguían encontrar, casi nunca, campesinos que testificasen para la acusación en los juicios.

En esta lucha histórica en torno a los derechos de propiedad, los contendientes a ambos lados de las barricadas emplearon todas las armas a su disposición. La clase privilegiada controlaba los mecanismos estatales para promulgar leyes, por lo que recurrían a edictos de amortización, títulos de propiedad y contratos de arrendamiento, por no mencionar a la policía, los guardabosques, los agentes rurales, los juzgados y la picota en su intento por asentar y defender sus derechos de propiedad. Por su parte, los campesinos y los grupos oprimidos, que no tenían acceso alguno a este arsenal de gran calibre, tuvieron que recurrir, en su lugar, a técnicas como la caza furtiva, la recolección o la ocupación para negar esos «derechos» y defender los suyos. Al igual que la deserción, estas «armas de los débiles» son anónimas y ocultas, muy diferentes de cualquier enfrentamiento declarado y público con el que se pretenda conseguir los mismos objetivos. Desde este punto de vista, la deserción es una alternativa que entraña un riesgo menor que el motín, la ocupación que la expropiación, la caza furtiva que la declaración pública de los derechos sobre caza, pesca o leña. Hoy en día, para la mayor parte de la población del mundo (ciertamente para las clases oprimidas desde un punto de vista histórico), este tipo de técnicas han supuesto la única forma viable de política en su vida cotidiana. En las ocasiones en que se les ha privado de ellas, han surgido conflictos de carácter más evidente y desesperado, tales como algaradas, rebeliones y levantamientos insurreccionales. Lo cierto es que este último tipo de luchas por el poder aparecen de manera imprevista en la historia oficial, dejando su huella en los archivos que tanto gusta consultar a historiadores y sociólogos. Estos, una vez que tienen documentos escritos que hojear a placer, les atribuyen una importancia desproporcionada, teniendo en cuenta el lugar que ocupan en una historia más global de la lucha de clases. Por el contrario, como la insubordinación cotidiana es silenciosa y no tiene grandes pretensiones, no interesa a los archivos y, por lo tanto, no aparece en ellos. No enarbola pancarta alguna, ni nombra cargos electos, no publica manifiestos ni da lugar a organizaciones permanentes y por lo tanto es indetectable. Pero es que es precisamente eso lo que pretenden quienes ejercen este tipo de política subalterna: no ser detectados. Desde un punto de vista histórico se podría decir que lo que buscan los campesinos y las clases oprimidas es quedar fuera de los archivos. Cuando aparecen en ellos se puede tener la certeza de que algo ha salido rematadamente mal.

Si se analiza con detalle el amplio espectro de la política subalterna, desde los pequeños actos anónimos de desobediencia hasta las revoluciones populares, se puede ver que los estallidos de enfrentamiento declarado, mucho más arriesgados, suelen ir precedidos por un aumento en el ritmo en que se suceden las amenazas anónimas y los hechos violentos: cartas amenazantes, incendios provocados o intentos de provocarlos, matanzas de ganado, sabotaje, destrucción de maquinaria al abrigo de la noche, etc. Los privilegiados locales y los representantes del gobierno eran conscientes de que estos actos eran probables antecedentes de un levantamiento y, de hecho, quienes los llevaban a cabo tenían la intención de que así se interpretasen. Las élites de la época percibían tanto la frecuencia de la insubordinación como su «nivel de amenaza» (para citar al Ministerio del Interior) como avisos tempranos de desesperación y descontento político. En uno de los primeros textos del joven Marx se relacionaba con todo lujo de detalles el nivel de desempleo y el descenso de los salarios entre los trabajadores de las fábricas del Rhineland, por un lado, y la tasa de acusaciones por robo de leña para el hogar en terrenos privados, por el otro.

Soy de la opinión de que este tipo de desacato a la ley es un subtipo especial de acción colectiva, a pesar de que en muchas ocasiones no se reconoce como tal. En buena medida esto se debe a que no se acompaña de declaración alguna en este sentido, pero también a que casi siempre se dirige, al mismo tiempo, a la satisfacción de los intereses individuales.

¿Alguien puede decidir qué beneficia más a un cazador furtivo, si una hoguera y un guiso de conejo o la lucha contra los derechos de propiedad de la nobleza sobre la leña y la caza que acaba de arrebatarles? En cualquier caso, lo que no le favorece en absoluto es ayudar al historiador, dejando un texto con la declaración de los motivos que le impulsan. De hecho, el éxito que pueda tener en el usufructo de la leña y la caza reside en que sus actos, tanto como sus motivos, permanezcan ocultos, aunque a largo plazo, la continuidad de este tipo de desafío a la ley depende de la complicidad de sus amigos y vecinos. Puede que crean que él, al igual que los demás, tiene derecho a aprovecharse de los productos del bosque. Puede que incluso sean furtivos ellos mismos. Pero, en todo caso, se van a negar a denunciarlo a las autoridades o a testimoniar contra él en cualquier juicio.

No es necesario organizar una conspiración de verdad para conseguir el mismo efecto práctico. Se han derribado más regímenes poco a poco, mediante lo que se dio en su época en llamar la «democracia irlandesa» (esa forma tozuda y callada de resistencia, rechazo y negativa ejercida por millones de personas) que por la acción de vanguardias revolucionarias o de multitudes sublevadas.

Más acerca de la insubordinación

Se puede analizar la forma en que la coordinación tácita y el desacato a la ley consiguen los mismos efectos que una acción colectiva sin acarrear sus peligros e inconvenientes, prestando atención a la aplicación del límite de velocidad. Supongamos que este fuera de 88 km/h. Lo más probable es que la policía de tráfico no se dedicase a perseguir a los infractores que fuesen a 89, 90, 91... incluso a 95 km/h, aunque técnicamente constituyan una ilegalidad. En cierta forma este «espacio de desobediencia ganado» se ha conquistado y se vuelve territorio ocupado, de forma que al poco tiempo la mayor parte del tráfico se mueve ya en torno a los 95 km/h. Pero ¿qué ocurre con los 96, 97 o 99 km/h? Los conductores que superen este límite, establecido, de hecho, en tan solo uno o dos kilómetros por hora, pensarán que no van a tener ningún problema y poco más tarde estas velocidades pasarán a considerarse también como territorio conquistado. A partir de ese momento, todos los conductores que vayan a unos 99 km/h pasarán a depender de manera absoluta, para no ser multados, de ir rodeados de una auténtica capa protectora de coches, circulando todos a una velocidad parecida. En esta situación se produce una especie de contagio a partir de la observación mutua y la coordinación tácita, a pesar de que no hay ningún comité central de conductores que se reúna para organizar actos masivos de desobediencia civil. Por supuesto llega un punto a partir del cual interviene la policía de tráfico, poniendo multas y arrestando a los infractores y la forma en que se produce esta intervención fija límites a los posibles cálculos que hacen los conductores cuando deciden la velocidad a la que van a ir. Sin embargo, los que tienen más prisa ponen siempre a prueba este tope y si, por cualquier circunstancia, la vigilancia remite, la velocidad aumenta en función del vacío dejado.

Como ocurre con cualquier analogía, no conviene abusar de ella. Sobrepasar el límite de velocidad depende sobre todo de lo que sea más conveniente en un momento dado, pero no es un asunto de derechos inalienables ni de agravios históricos. Además, el peligro que representa la policía para los infractores es relativamente leve. Si, por el contrario, el límite de velocidad fuese de 88 km/h, pero solo hubiese tres policías de tráfico para todo el país que ahorcasen sumariamente a cinco o seis infractores y dejasen sus cuerpos colgados al borde de las autovías, ¡el proceso descrito se detendría de inmediato!

Se puede encontrar una estructura similar en el proceso por el cual los atajos al borde de los senderos acaban por convertirse en caminos pavimentados. Imaginemos que hay un patrón diario de recorridos que se hacen a pie, los cuales, de estar limitados a las aceras, obligarían a los peatones a recorrer los dos catetos de un triángulo rectángulo en lugar de caminar por la hipotenusa, que está sin asfaltar. Lo más probable es que haya unas cuantas personas que se animen a tomar el atajo y, si no encuentran dificultades, abran un sendero que los demás se verán en seguida tentados de recorrer, aunque solo sea por ahorrar tiempo. Si el flujo de peatones es intenso y los encargados del terreno son benevolentes, puede que poco después el atajo sea también un camino pavimentado. De nuevo es un caso de coordinación tácita. Por supuesto, casi todas las calles de las ciudades antiguas se crearon de esta manera, al crecer estas a partir de poblaciones más pequeñas. En realidad no eran otra cosa que la formalización de las rutas diarias de peatones y carretas, del pozo al mercado, de la iglesia a la escuela o al barrio

de los artesanos, etc. Un buen ejemplo de que «se hace camino al andar».

El paso de lo habitual a la costumbre y a los derechos recogidos en la ley es algo que se acepta, de hecho, tanto en el derecho positivo como en el de gentes. En la tradición anglosajona esto viene representado por la usucapión, según la cual un patrón continuado de entradas no autorizadas o usufructo de una propiedad de manera constante durante una serie de años da lugar a un derecho que puede ser después reconocido por la ley. Del mismo modo, en la tradición legal francesa, una práctica de paso sin autorización, que se puede demostrar constante durante muchos años, se reconoce como una costumbre y, tras ser debidamente comprobada, da lugar a un derecho legal.

Es evidente que los súbditos de una régimen autoritario, que no tiene representantes electos que les defiendan ni pueden recurrir a los métodos habituales de protesta (manifestaciones, huelgas, movimientos sociales organizados, medios de comunicación independientes, etc.), no tienen más remedio que usar el boicot, el sabotaje, la caza furtiva, el robo y, en última instancia, la sublevación. No cabe duda de que las instituciones de la democracia representativa y la libertad de expresión y reunión de la que gozan los ciudadanos modernos han vuelto obsoletas estas formas de protesta. No en vano el propósito principal de una democracia representativa es permitir, precisamente, a las mayorías democráticas hacer efectivos sus proyectos, sin importar lo ambiciosos que sean, de una forma totalmente institucionalizada.

Sin embargo, es una amarga ironía que esta gran promesa de la democracia no se haga realidad casi nunca. La mayor parte de las reformas políticas importantes de los siglos XIX y XX han ido acompañadas de graves episodios de desobediencia civil, insurrecciones, desacato a las leyes, alteraciones del orden público y, en última instancia, guerras civiles. Desde mi punto de vista estos tumultos no han sido simples añadidos a cambios políticos dramáticos, sino que a menudo han sido totalmente imprescindibles para conseguirlos. Lamentablemente, parece ser que las instituciones representativas y las elecciones pocas veces consiguen por sí solas cambios profundos, a no ser que haya alguna causa de fuerza mayor, como puede ser, por ejemplo, una gran crisis económica o una guerra. Teniendo en cuenta que en las democracias liberales la propiedad y la riqueza están concentradas en unas pocas manos, junto con las ventajas que ofrece a la capa más rica de la población el acceso desigual a los medios de comunicación, la educación y la influencia política, no es de extrañar, como señaló Gramsci, que el otorgar el voto a los trabajadores pocas veces haya producido un cambio político radical. De hecho, la política parlamentaria normal destaca más por su inmovilismo que por ser el vehículo de cualquier reforma importante.

Si esta hipótesis es aproximadamente cierta, estamos ahora obligados a analizar la paradoja que supone la contribución del desacato a la ley y las alteraciones de la normalidad al cambio político democrático. Analicemos el caso de los Estados Unidos en el siglo XX. Se pueden identificar dos períodos importantes de cambios políticos: la gran depresión de los años treinta y el movimiento por los derechos civiles de los sesenta. Lo que resulta más llamativo en ambos, desde este punto de vista, es que la alteración de la normalidad y la amenaza al orden público jugaron un papel imprescindible en el proceso de reforma.

No cabe duda de que el importante cambio de paradigma político que representaron los subsidios de desempleo, las grandes obras públicas y la Ley de Ajuste Agrario se debió a la situación excepcionalmente grave que suponía la crisis económica mundial. Pero esta última no hizo evidente su relevancia política mediante estadísticas de ingresos o desempleo, sino a través de huelgas masivas y de inquilinos, saqueos, tomas violentas de oficinas de subsidios y disturbios varios. De esta manera les entró a los dirigentes de la política y la economía lo que mi madre hubiese llamado «el miedo al Señor». Realmente llegaron a sentirse alarmados por lo que en esa época se percibía como un potencial fermento revolucionario. Sobre todo, este fermento en cuestión no estaba institucionalizado. Es decir, no surgía de ningún partido político, sindicato o movimiento social reconocible. Ni siquiera tenía unos objetivos políticos claros, sino que era desorganizado, caótico y por ello entrañaba un grave riesgo para el orden existente. Precisamente por esta razón no había nadie con quien sentarse a negociar, nadie a quien presentar una propuesta creíble de paz a cambio de concesiones políticas. Se puede decir que la gravedad de la amenaza era directamente proporcional a su falta de institucionalización. Con un sindicato o un movimiento reformista de izquierdas se puede negociar, ya que son organizaciones que están

adaptadas al funcionamiento de las instituciones. Porque una cosa es una huelga y otra muy distinta una huelga salvaje, que ni siquiera pueden desconvocar los dirigentes del sindicato. Una manifestación, por masiva que sea, si va encabezada por sus dirigentes es algo muy diferente de una multitud violenta, porque esta no plantea reivindicaciones coherentes ni hay nadie con quien sentarse a hablar.

El origen último de esta movilización generalizada y espontánea, que amenazaba con destruir el orden público, se hallaba en el espectacular aumento del desempleo y el hundimiento de los salarios de aquellos afortunados que todavía tenían trabajo. Las condiciones de normalidad en que se sustentaba la política regular desaparecieron de repente y a partir de ahí la rutina de gobierno y oposición y la representación institucionalizada dejaron de tener sentido alguno. De forma individual, la disolución de la normalidad tomó la forma de un aumento del número de vagabundos, del crimen y de los comportamientos antisociales. De manera colectiva se plasmó en una desobediencia espontánea que se hizo evidente en disturbios, ocupaciones de fábricas, huelgas salvajes y manifestaciones violentas. Lo que abrió las puertas al conjunto de reformas políticas fueron las fuerzas sociales desatadas por la crisis económica, que parecieron estar en todo momento más allá de la capacidad de control de los dirigentes políticos, grandes propietarios y, lo que es más importante, sindicatos y partidos de izquierda. Los privilegiados tuvieron que hacer concesiones.

Un colega, agudo observador, dijo una vez que el gobierno de las democracias liberales en Occidente se dirige al beneficio de, pongamos, un 20% de privilegiados en la distribución de riquezas e ingresos. Pero, añadía, el truco para que el sistema siga funcionando sin problemas consiste en convencer al 30 o 35% siguiente, sobre todo en época de elecciones, de que deben temer a la mitad más pobre de los que envidian al 20% rico. El relativo éxito del sistema se puede juzgar por lo persistente que ha resultado ser la desigualdad en la renta, que no solo se ha mantenido igual durante el último medio siglo, sino que es cada vez más pronunciada. Las ocasiones en que el sistema deja de funcionar correctamente se produce alguna crisis generalizada, la ira popular sobrepasa sus cauces habituales y amenaza con destruir los mismos parámetros sobre los que se mueve la política regular. El hecho descarnado en la base de esta rutina en la que operan las instituciones de las democracias liberales es que se ignoran casi por completo los intereses de los pobres hasta que, y a menos que, una crisis inesperada y brusca los arroja a las calles. Tal y como dijo Martin Luther King, «los disturbios son el idioma de los sin voz». La interrupción del orden establecido, los disturbios y la desobediencia espontánea han constituido siempre la herramienta política más potente de los pobres. Pero este tipo de acciones no se dan carentes de estructura. Se basan en redes informales, autoorganizadas y efímeras de vecinos, compañeros de trabajo y familiares, que permanecen en todo momento al margen de las instituciones políticas regulares. Desde luego, esto es una forma de estructura, aunque no sea del tipo que resulta agradable a la política institucional.

Tal vez el mayor fallo de las democracias liberales haya sido su histórico fracaso de proteger adecuadamente, a través de sus instituciones, los irrenunciables intereses económicos y de seguridad de sus ciudadanos menos privilegiados. Por el contrario, el hecho de que el progreso democrático y la renovación parezcan depender, inapelablemente, de importantes episodios de desórdenes al margen de las instituciones, constituye una gravísima contradicción con la promesa de la democracia de ofrecer un cambio pacífico a través de sus organismos. Y, a la vez, también supone un fallo de la teoría política que estudia la democracia el que no haya tenido en cuenta el papel central que juegan las crisis y los fallos de las instituciones en esas instancias de reforma política y social, en las que precisamente el sistema político resulta legitimado de nuevo.

Sin embargo, sería erróneo e incluso peligroso suponer que este tipo de altercados a gran escala tienen siempre, ni siquiera a menudo, el efecto de producir reformas estructurales importantes. Por el contrario, pueden dar paso a un aumento de la represión, la limitación de los derechos civiles y, en casos extremos, a la desaparición de la propia democracia representativa. Aun así, es innegable que la mayor parte de las ocasiones en que se han producido reformas en profundidad, estas se han visto precedidas de grandes tumultos, con el consiguiente intento de los privilegiados de contenerlos y devolver la situación a su cauce normal. Es legítimo preferir otras formas de protesta más «decentes», tales como manifestaciones y concentraciones declaradamente no violentas o un discurso moralista que exija el respeto a la ley y a los derechos democráticos. Pero dejando estas preferencias personales aparte, lo cierto es

que en contadas ocasiones las reivindicaciones «decentes» y pacíficas han puesto en marcha reforma estructural alguna.

Precisamente, la tarea de los sindicatos, de los partidos e incluso de los movimientos sociales radicales es encauzar la protesta descontrolada y la ira dentro de las instituciones. Podría decirse que su función es intentar traducir el enfado, la frustración y el malestar en un programa político coherente que forme la base de un proceso legislativo y regulador. En este sentido, estas organizaciones actúan como una correa de transmisión entre las masas descontroladas y las élites que deciden las leyes. Se entiende de manera implícita que si este papel se hace correctamente se obtendrán, en principio, reivindicaciones políticas aceptables para las instituciones legislativas. Pero, además, en este proceso buscan imponer una disciplina a las multitudes violentas, a las que controlan mediante el ofrecimiento de una representación plausible de sus intereses, o al menos de la mayor parte de ellos, frente a quienes deciden el curso de la política. Una vez hecho esto, se puede iniciar un proceso de negociación entre los legisladores y las «instituciones translativas» partiendo de la base de que los individuos a los que dicen representar las obedecen, lo que les permite controlarlos. En este sentido, no resulta exagerado decir que este tipo de intereses organizados parasitan la rebeldía espontánea de aquellos a quienes dicen representar, ya que la influencia que puedan tener, en las ocasiones en que las élites gubernativas se tienen que esforzar por controlar y canalizar la insurgencia de las masas hacia los cauces normales de la política, surge por completo de aquella desobediencia.

Se plantea así otra paradoja más. En este tipo de situaciones, las iniciativas organizadas por los progresistas consiguen un nivel de influencia y visibilidad debidas a una desobediencia que ni han puesto en marcha ni controlan. Y, sin embargo, obtienen esa influencia precisamente a partir de la suposición de que van a ser capaces de recuperar, mediante la imposición de una disciplina, a una parte suficientemente grande de esta masa insurgente y devolverla a los canales políticos habituales. Por supuesto, si lo consiguen la paradoja se hace aún más evidente, porque conforme desaparece la situación de la que obtienen su influencia, también lo hace su capacidad de intervenir eficazmente en la política.

El movimiento por los derechos civiles de las minorías raciales de los sesenta en los Estados Unidos y la rapidez con que se impusieron los censos electorales federales a los estados segregacionistas del sur o se aprobó la ley de derecho al voto reproduce también este modelo. Las numerosas convocatorias de inscripción masiva en los registros electorales, las manifestaciones por la libertad o las sentadas surgieron de iniciativas de muchos sitios diferentes, que las ideaban o que se imitaban entre sí. Los esfuerzos que se hicieron para coordinar, por no hablar de organizar, esta oleada de desobediencia se iniciaron al margen de las instituciones creadas a propósito para esta tarea (tales como el Comité para la Coordinación Pacífica de Estudiantes, SNCC en sus siglas en inglés, por no hablar de organizaciones más grandes e institucionalizadas de defensa de los derechos civiles como la Asociación Nacional para la Promoción de las Personas de Color, NAACP, el Congreso por la Igualdad Racial, CORE, o la Conferencia para el Liderazgo Cristianos del Sur, SCLC). El entusiasmo, la espontaneidad y la creatividad de un movimiento social que se desbordaba iban siempre por delante de las organizaciones que pretendían representarlo, coordinarlo y canalizarlo.

Una vez más, fueron los desórdenes generalizados, en buena medida atribuibles a la reacción violenta de patrullas ciudadanas racistas o de las fuerzas de seguridad, los que crearon una crisis de orden público en una gran parte del sur. De repente, leyes que habían languidecido durante años sin ser tramitadas fueron rápidamente aprobadas por el Congreso como parte del esfuerzo del clan Kennedy por controlar las manifestaciones y los altercados, cada vez más numerosos. A esto contribuyó el contexto de guerra fría de aquellos años, ya que se podía argüir, con razón, que la violencia en el sur era propia de un estado racista. De esta forma, los desórdenes generalizados y la violencia consiguieron, en poco tiempo, lo que no habían logrado décadas de organización pacífica y trabajo institucional.

Al inicio de este trabajo puse el ejemplo, bastante trivial, del semáforo en rojo de Nuevo Brandenburgo. Mi intención no era incitar a transgredir la ley sin más, mucho menos con la endeble excusa de ahorrarse unos pocos minutos. Lo que intentaba más bien era demostrar cómo la costumbre adquirida de la obediencia inmediata puede llevar a una situación que todo el mundo calificaría de absurda si se parasen a reflexionar unos segundos. Pues bien, prácticamente todos los movimientos de liberación importantes de los tres últimos siglos han tenido que hacer frente desde el principio a un ordenamiento legal,

por no mencionar el aparato policial, que estaba dispuesto específicamente contra ellos. Difícilmente podrían haber triunfado de no ser por un puñado de valientes que estaban dispuestos a transgredir esas leyes y costumbres (por ejemplo, mediante sentadas, manifestaciones o violaciones generalizadas y públicas de la legalidad del momento). Sus acciones de desobediencia, alimentadas por la indignación, la frustración y la ira, dejaban muy claro que no había sitio para sus reivindicaciones dentro de los parámetros institucionales y legales existentes. Por lo tanto, lo que subyace a su determinación de desobedecer la ley no es tanto un deseo de sembrar el caos, como de refundar un orden legal más justo. Si el presente «imperio de la ley» es en algún punto más capaz y liberador que los que le precedieron, esto se debe en buena medida a quienes decidieron transgredir las leyes anteriores.

Anuncio: «Dirigente busca seguidores. Dispuesto a acatar sus mandatos»

Los disturbios y los alborotos no son la única manera en que los «sin voz» pueden hacerse oír. Hay ciertas ocasiones en las que la élite y los dirigentes les prestan una atención especial, tanto a lo que desean como a lo que no quieren. Fijémonos, por ejemplo, en el carisma. A menudo se dice que alguien posee carisma como si tuviese cien dólares en el bolsillo o un BMW en el garaje. Pero lo cierto es, por supuesto, que se trata de una forma de relación, que depende por completo de los participantes y del entorno cultural. Una actuación carismática en España o en Afganistán puede no serlo en absoluto en Laos o el Tíbet. En otras palabras, depende de la respuesta que dan aquellos a quienes está dirigida, en una especie de sintonía. En ciertas ocasiones las élites se esfuerzan mucho en conseguir que se produzca esta respuesta, en encontrar el tono adecuado y en adaptar su mensaje a los deseos y gustos de su audiencia o de sus espectadores. En algunas ocasiones se puede incluso ver cómo sucede esto. Por ejemplo, Martin Luther King es para algunos la figura pública más carismática de la política estadounidense del siglo XX. Gracias a la detallada y detallista biografía que ha escrito Taylor Branch sobre King y el movimiento por los derechos civiles, es posible percibir en tiempo real la búsqueda de este tono en el marco de la tradición de los sermones de las iglesias afroamericanas. A continuación se reproduce una extensa cita del discurso que dio King en la

Lam. 2. Martin Luther King.

asociación YMHA de Holt Street en Diciembre de 1955, poco después de la condena de Rosa Parks y en vísperas del boicot a la compañía de autobuses Montgomery, tal y como aparece recogido en la obra de Branch:

«Estamos reunidos esta tarde para ocuparnos de un tema muy serio», dijo a golpes, con un tono de voz que se elevaba y volvía a caer. Hizo una pausa y se oyeron tan solo un «sí» o dos entre el público, y en voz baja. Podía percibir a la multitud dispuesta a gritar, pero estaban esperando para ver adónde les llevaba... (Habla de lo buena ciudadana que es Rosa Parks).

«Y creo que hablo con –con autoridad legal– no porque yo tenga autoridad legal alguna..., pero es que la ley no ha estado nunca clara». Esta frase demostraba que King era un orador cuidadoso a la hora de poner los puntos sobre las íes, pero para el público no significaba nada.

«... Nadie puede poner en duda la integridad de su carácter, nadie puede dudar de su compromiso cristiano». Un coro de voces bajas dijo «es verdad». «Y la han arrestado solo por negarse a ceder el sitio», dijo King. La multitud empezaba a animarse, como siguiéndolo a media velocidad.

Hizo una pausa ligeramente más larga. «Ya sabéis, amigos míos, que llega un momento», gritó, «en que la gente se cansa de verse pisoteada por la bota de hierro de la opresión». Se había ido dejando oír algún «sí» suelto cuando, de repente, las respuestas individuales se fundieron en un vocerío creciente y explotaron los aplausos como fondo de todo ese ruido apenas en el transcurso de un segundo. El alboroto crecía y crecía, como una ola que no acaba de romper nunca, y justo cuando parecía que finalmente se iba a debilitar, llegó un muro de ruido desde la multitud que

estaba afuera, con lo que el volumen subió aún más. Parecía que al tono más bajo se añadía el sonido de un trueno, el estruendo de los pies que golpeaban el suelo de madera, hasta el punto en que ya no se oía, sino que se sentían las vibraciones en el pecho. Esa enorme nube de ruido sacudía el edificio y se resistía a desaparecer. De alguna manera había bastado con una frase para liberarla, llevando la tradición de frases y respuestas de las iglesias negras más allá de un simple discurso político, a algo diferente que King no había visto nunca antes. Había algo de enormes proporciones allí escondido. Cuando por fin el ruido se atenuó, se alzó la voz de King para animarlo de nuevo. «Amigos míos, llega un momento en que la gente se cansa de verse arrojada a un abismo de humillación, en que se ven sumidos en la desolación del desamparo más absoluto», dijo. «Llega un momento en el que la gente se cansa de que les aparten de la brillante luz de sol, en el julio de la vida, y les dejen abandonados en medio del frío penetrante de un noviembre alpino. Llega…». King intentó proseguir, pero el ruido de la multitud se lo impidió. Era imposible decir si este se debía a que había tocado una fibra sensible o tan solo al orgullo por un orador de cuya boca salía con tanta facilidad una retórica tan elevada. King repetía: «Estamos aquí –estamos aquí– porque ya estamos hartos»[1].

El patrón que Branch ha reflejado en este fragmento, de manera tan vívida se repite en el resto del discurso y, de hecho, en la mayoría de las intervenciones de King. El carisma es una especie de sintonía perfecta. King tocaba siempre una serie de temas y usaba un amplio repertorio de metáforas. Cuando notaba una respuesta potente por parte del público retomaba ese punto de forma ligeramente diferente para mantener el entusiasmo y aumentarlo. Aun cuando su creatividad retórica es impresionante, no deja de basarse en la búsqueda del tono adecuado para lograr esa sintonía, que se dirige a las emociones y deseos más íntimos de sus oyentes. Si se consideran en detalle sus intervenciones frente a las audiencias de la comunidad cristiana negra, del movimiento por los derechos civiles o de los resistentes no violentos (cada una de ellas con sus diferencias propias) se puede comprobar cómo, tras un cierto tiempo, los oyentes que parecían pasivos frente a su arrolladora oratoria acababan por ayudarle a redactar sus discursos. Mediante sus respuestas indicaban los temas que favorecían la conexión con sus emociones vitales, sobre los que King elaboraba y amplificaba de una forma única. Los puntos que obtenían esta respuesta recibían cada vez más atención, mientras que aquellos que no lo hacían iban desapareciendo de su repertorio. No cabe duda de que se trataba de una sintonía de dos partes, como lo son todas las actuaciones carismáticas.

El requisito más importante para el carisma es saber escuchar con mucha atención y responder frente a lo que se oye. Esto implica una cierta dependencia con respecto a la audiencia, un tipo de relación de poder. Una de las características primordiales del poder absoluto es que no tiene que escuchar. Por regla general, quienes se encuentran en la base de la pirámide jerárquica tienen más facilidad para escuchar que quienes están en la cima. La calidad de vida de un esclavo, siervo, jornalero, trabajador o asistente doméstico depende en buena medida de su capacidad de interpretar con precisión el estado de ánimo y los deseos de los poderosos. Por el contrario, esclavistas, señores feudales y jefes pueden permitirse a menudo ignorar los de sus subordinados. Por lo tanto, las condiciones estructurales que son la base de esta atención constituyen la clave para este tipo de relación. Para King, esta capacidad de prestar atención le valió que le pidieran dirigir el boicot de los buses Montgomery y le llevó a depender para ello de la participación entusiasta del conjunto de la comunidad negra.

Para ver, en un contexto diferente, cómo funciona esta manera intuitiva de escribir los discursos, basta imaginar a un juglar que canta y toca música en un mercado medieval para ganarse el sustento. Por un propósito meramente ilustrativo, imaginemos que es un intérprete con un caché bastante bajo: toca en un barrio pobre y depende de que muchos de sus oyentes le den una pequeña moneda para poder comer. Por último, supongamos que tiene un repertorio de mil canciones y acaba de llegar a la ciudad.

Imagino que el juglar empezaría con una selección aleatoria de canciones o con las que más éxito tuvieron en la ciudad, o ciudades, en la que estuvo antes. Día tras día observaría la respuesta de su público y contaría las monedas que hay en su gorra al acabar su interpretación. Con toda seguridad, pasado un cierto tiempo, con que tenga tan solo un mínimo de atención e interés en sí mismo, limitará sus actuaciones a los temas y las canciones que prefiere la gente: repetirá a menudo algunas de ellas, mientras que dejará otras de lado. De nuevo, pasado cierto tiempo, la

1 Taylor Branch, *Parting the Waters: America in the King Years*, 1954-63, New York, Simon and Schuster, 1988.

audiencia habrá definido su repertorio de acuerdo con sus propios gustos y deseos, de una manera muy parecida a como lo hizo el público de King con sus discursos, también tras un cierto período. Esta historia, más bien esquemática, no tiene en cuenta la creatividad del juglar ni la del orador a la hora de proponer nuevos temas de forma continua, de desarrollar los ya existentes ni los cambios en el gusto del público. Sin embargo, es útil a la hora de poner de relieve el aspecto de reciprocidad que tiene el liderazgo carismático.

El ejemplo del juglar no está muy alejado de la historia real de un estudiante chino que fue enviado al campo durante la Revolución Cultural. Como era de constitución débil y no poseía ninguna habilidad que fuese útil para los campesinos, al principio estos se quejaron mucho de su llegada porque era una boca más que alimentar y no contribuía nada a la producción. Como ellos mismos tenían poco que comer, los habitantes del pueblo no le daban ningún alimento, o casi ninguno, y poco a poco se iba debilitando. Sin embargo, descubrió que a los campesinos les gustaba escuchar sus relatos de cuentos tradicionales al caer la tarde, ya que sabía cientos de ellos. Para que pudiera seguir con estas sesiones, empezaron a añadir pequeñas donaciones a las raquíticas raciones de comida que recibía y de hecho se puede decir que sus cuentos le mantuvieron, literalmente, con vida. Lo que es más, con el paso del tiempo su repertorio acabó ajustándose a los gustos de su audiencia rural, como hubiera sido el caso con el juglar del ejemplo. Algunos de sus cuentos no suscitaban ningún interés entre los habitantes del pueblo y le hacían pasar hambre. Otros les encantaban y los querían escuchar una vez tras otra. Se puede decir que se ganaba su comida con cuentos chinos, aunque fuesen los campesinos quienes marcaban el compás. Más tarde, cuando el gobierno permitió el mercado y la empresa privada, se dedicó a contar historias en las plazas de la región a un público mucho mayor y diferente. Pero incluso en esta ocasión su repertorio se acomodó a su audiencia[2].

Los políticos, que tan ansiosos se muestran por conseguir votos en ocasiones difíciles, cuando los eslóganes tradicionales son mal acogidos, tienen que saber escuchar el ruido de fondo, como el juglar del ejemplo o Martin Luther King Jr. para descubrir cuáles son las inquietudes de los electores, cuyo apoyo y entusiasmo necesitan. La primera campaña presidencial de Franklin Delano Roosevelt, nada más empezar la gran depresión, constituye un ejemplo sorprendente de esto. Al inicio, Roosevelt era un demócrata más bien conservador, que evitaba hacer promesas o propuestas radicales. Sin embargo, conforme transcurría la campaña, casi siempre compuesta de apariciones en estaciones de tren secundarias, debido a su parálisis, su discurso habitual fue cambiando para volverse más radical y ambicioso. Tanto él como quienes escribían sus intervenciones trabajaban febrilmente para encontrar nuevos temas, nuevas expresiones y nuevas propuestas, una estación tras otra. Su discurso se fue modificando poco a poco, dependiendo de la respuesta que recibía y de las audiencias a las que se dirigía. Dado el contexto de miseria y desempleo sin precedentes, a menudo Roosevelt se dirigía a un público que contaba con él para mantener la esperanza y escuchar promesas de ayuda, por lo que sus intervenciones fueron recogiendo gradualmente todos estos anhelos y su propuesta «oral» fue, al final de la campaña, mucho más radical que al principio. Quienes le escuchaban en los apeaderos de tren habían escrito (tal vez se debería decir que habían seleccionado) sus discursos, de una manera muy real y tangible. De hecho, no es tan solo que cambiase el tono de sus intervenciones, sino que Roosevelt mismo llegó a verse como el adalid de las aspiraciones de millones de compatriotas desesperados.

No obstante, esta forma particular de influencia desde la base solo funciona en ciertas situaciones. Si nuestro juglar fuese contratado por el señor feudal de la villa para cantarle glosas y alabanzas a cambio de alojamiento a pensión completa, su repertorio sería muy diferente. De la misma manera, si un político depende por completo de grandes donaciones, hechas con la intención de promocionarle, tanto como de granjearle una opinión pública favorable, es casi seguro que no va a prestar mucha atención a las opiniones de los militantes de base. Por ello, es muy probable que un movimiento social o revolucionario que aún no haya alcanzado el poder muestre una mayor capacidad de escuchar, mientras que los más poderosos no necesitan hacerlo para marcar el tono. Tal y como lo ha expresado Kenneth Boulding, «cuanto más grande y autoritaria sea un organización (o estado), más probabilidades hay de que quienes se encargan de tomar las decisiones en la cúpula vivan en un mundo completamente imaginario»[3].

2 Yan Yunxiang, conversación.

3 «The Economics of Knowledge and the Knowledge of Economics», American Economic Review, 58:1/2 (March, 1966) p. 8.

The uses of disorder and "charisma". An anarchist perspective.

James C. Scott *(Yale University, EE.UU.).*
Received: 14/03/2012. Accepted: 11/06/2012.

Abstract: *This article analyses the paradoxical role of chaos and charisma for democratic social change. On the one hand, chaotic situations provoked by massive insubordination have helped to expand the "voice of those without a voice" and influence on the agenda of political elites, willing to calm down the masses. Despite being unnoticed for most historians, those "forms of everyday resistance" are a sort of anarchist gymnastic capable, under certain circumstances, of trigger a set of reactions which can disrupt the social order. Historically, those acts are much more frequent than open collective action because they involve fewer risks to their protagonists. On the other hand, charisma has, against what we used to believe, a democratic component. A charismatic leader needs constantly the approval of his followers. He adjusts systematically his discourses and projects to their aspirations. Definitely, both mechanisms, chaos and charisma, have the effect of projecting the wishes and interests of subordinated groups, democratizing social structures.*

Key words: *anarchism, insubordination, representativity, democracy, political participation.*

Scott's Law of Anarchist Calisthenics

I invented this law in Neubrandenburg, Germany in the late summer of 1990. In an effort to improve my barely-existing German language skills before spending a year in Berlin as a guest of the Wissenschaftskolleg, I hit on the idea of finding work on a farm rather than attending daily classes with pimply teenagers at some Goethe Institute. Since the Wall had come down only a year earlier, I wondered if I might find a six-week summer job on a collective farm (LPG), recently styled "cooperative," in eastern Germany. A friend at the Wissenschaftskolleg had, it turned out, a close relative whose brother-in-law was the head of a collective farm in the tiny village of Pletz who, though wary, was willing to provide room and board in return for work and a handsome weekly rent.

As a plan for improving my German by the sink-or-swim method, it was perfect; as a plan for a pleasant and edifying farm visit, it was a nightmare. The villagers and, above all, my host were suspicious of my aims. Was I aiming to pour over the accounts of the collective farm and uncover "irregularities"; was I an advance party for Dutch farmers who were scouting the area for land to rent in the aftermath of the socialist bloc's collapse?

The collective farm at Pletz was a spectacular example of that collapse. Its specialization was growing "starch potatoes." They were no good for pommes frites, though pigs might eat them in a pinch; their intended use, though, when refined, was to provide the starch base for Eastern European cosmetics. Never had a market flat-lined as quickly as the market for socialist bloc cosmetics had the day after the Wall was breached. Mountain after mountain of starch potatoes lay rotting beside the rail sidings in the summer sun.

Besides wondering if utter penury lay ahead for them and what role I might have in it, for my hosts, there were the more immediate question of my frail comprehension of German and the danger it posed for their small farm. Would I let the pigs out the wrong gate and into a neighbor's field; would I give the geese the feed intended for the bulls; would I remember always to lock the door when I was working in the barn in case the gypsies came? I had, it is true, given them more than ample cause for alarm in the first week, and they had taken to shouting at me in the vain hope we all seem to have that yelling will somehow overcome any language barrier. They managed to maintain a veneer of politeness, but the glances they exchanged at supper told me that their patience was wearing thin. The aura of suspicion under which I labored, not to mention my manifest incompetence and incomprehension was, in turn, getting on my nerves.

I decided, for my sanity as well as for theirs, to spend one day a week in the nearby town of Neubrandenburg. Getting there was not simple. The train didn't stop at Pletz unless you put up a flag along the tracks to indicate that a passenger was waiting and, on the way back, told the conductor that you wanted to get off at Pletz, in which case he would stop specially in the middle of the fields to let you out. Once in the town, I wandered the streets, frequented cafes and bars, pretended to read German newspapers (surreptitiously consulting my little dictionary), and tried not to stick out.

The once-a-day train back from Neubrandenburg that could be made to stop at Pletz left at around 10 at night. Lest I miss it and have to spend the night as a vagrant in this strange city, I made sure I was at the station at least a half an hour early. Every week for six or seven weeks the same intriguing scene was played out in front of the railroad station, giving me ample time to ponder it both as observer and as participant. The idea of "anarchist calisthenics" was conceived in the course of what an anthropologist would call my participant observation.

Outside the station was a major, for Neubrandenburg at any rate, intersection. During the day, there was a fairly brisk traffic of pedestrians, cars, and trucks and a set of traffic lights to regulate it. Later in the evening, however, the vehicle traffic virtually ceased while the pedestrian traffic, if anything, swelled to take advantage of the cooler evening breeze. Regularly, between 9 and 10 pm there would be 50 or 60 pedestrians, not a few of them tipsy, who would cross the intersection. The lights were timed, I suppose, for vehicle traffic at midday and not adjusted for the heavy evening foot-traffic. Again and again 50 or 60 people waited patiently at the corner for the light to change in their favor: four minutes, five minutes, perhaps longer. It seemed an eternity. Lying on the Mecklenburg Plain, the landscape of Neubrandenburg is flat as a pancake. Peering each way from the intersection, then, one could see a mile of so of roadway, with, typically, no traffic at all. Very occasionally a single, small Trabant made its slow, smoky way to the intersection.

Twice perhaps in the course of roughly five hours of observing this scene, did a pedestrian cross against the light and then always to a chorus of scolding tongues and fingers wagging in disapproval. I too became part of the scene. If I had mangled my last exchange in German, sapping my confidence, I stood there with the rest for as long as it took for the light to change, afraid to brave the glares that awaited me if I crossed. If, more rarely, my last exchange in German had gone well and my confidence was high, I would cross against the light, thinking, to buck up my courage, that it was stupid to obey a minor law that, in this case, was so contrary to reason.

It surprised me how much I had to screw up my courage merely to cross a street against general disapproval. How little my rational convictions seemed to weigh against the pressure of their scolding. Striding out boldly into the intersection with apparent conviction made a more striking impression perhaps but it required more courage than I could normally muster.

As a way of justifying my conduct to myself, I began to rehearse a little discourse that I imagined delivering in perfect German. I went something like this. "You know, you and especially your grandparents could have used more of a spirit of law-breaking. One day you will be called on to break a big law in the name of justice and rationality. Everything will depend on it. You have to be ready. How are you going to prepare for that day when it really matters? You have to stay "in shape" so that when the big day comes you will be ready. What you need is "anarchist calisthenics." Every day or so break some trivial law that makes no sense, even if it's only jaywalking. Use your own head to judge whether a law is just or reasonable. That way, you'll keep trim; and when the big day comes, you'll be ready."

Judging when it makes sense to break a law requires careful thought, even in the relatively innocuous case of jay-walking. I was reminded of this when I visited a retired Dutch scholar whose work I had long admired. When I went to see him, he was an avowed Maoist and defender of the Cultural Revolution and something of an incendiary in Dutch academic politics. He invited me to lunch at a Chinese restaurant near his apartment in the small town of Wageningen. We came to an intersection and the light was against us. Now Wageningen, like Neubrandenburg, is perfectly flat, and one could see miles in all directions. There was absolutely nothing coming. Without thinking, I stepped into the street and, as I did so, Dr. Wertheim said, "James, you must wait." I protested weakly while regaining the curb, "But Dr. Wertheim, nothing is coming." "James," he replied instantly, "It would be a bad example for the children." I was both chastened and instructed. Here was a Maoist incendiary with, nevertheless, a fine-tuned, dare I say Dutch, sense of civic responsibility while I was the Yankee cowboy heedless

of the effects of my act on my fellow citizens. Now, when I jay-walk, I look around to see that there are no children who might be endangered by my bad example.

Toward the very end of my farm stay in Neubrandenburg, there was a more public event that raised the issue of law-breaking in a more striking way. A little item in the local newspaper informed me that anarchists from West Germany (the country was still nearly a month from formal reunification/Einheit) had been hauling a huge papier-mâché statue from city square to city square in the East on the back of a flat-bed truck. It was a silhouette of running man carved as a void in a block of granite. ". It was called: "Monument to the Unknown Deserters of Both World Wars" [Denkmal an die unbekannten Deserteure der beiden Weltkriege], and carried the legend, "This is for the man who refused to kill his fellow man".

It struck me as a magnificent anarchist gesture, this contrarian play on the well-nigh universal theme of "The Unknown Soldier": the obscure, "every-infantryman" who fell honorably in battle for his nation's objectives. Even in Germany, even in very recently ex-East Germany (celebrated as "The First Socialist State on German Soil"), this subversive gesture was however, distinctly unwelcome. For no matter how thoroughly progressive Germans may have repudiated the aims of Nazi Germany, they still bore an ungrudging admiration for the loyalty and sacrifice of her devoted soldiers. Good Soldier Svejk, the Czech anti-hero who would rather have his sausage and beer near a warm fire than fight for his country, may have been a model of popular resistance to war for Berthold Brecht, but for the city fathers of East Germany's twilight year, this paper mache mockery was no laughing matter. It came to rest in each town square only so long as it took for the authorities to assemble and banish it. Thus began a merry chase: from Magdeburg to Potsdam to East Berlin to Bitterfeld to Halle to Leipzig to Weimar to Karl Marx Stadt ((Chemnitz) to Neubrandenburg to Rostock, and ending, finally, back in the then federal capital: Bonn. The city-to-city scamper and the inevitable publicity it provoked may have been precisely what its originators had in mind.

The stunt, aided by the heady atmosphere in the two years following the breach in the Berlin Wall, was contagious. Soon, progressives and anarchists throughout Germany had created dozens of their own municipal monuments to desertion. It was no small thing that an act traditionally associated with cowards and traitors is suddenly held up as honorable and perhaps even worthy of emulation. Small wonder that Germany which, surely, has paid a very high price for patriotism in the service of inhuman objectives, would have been among the first to question publically the value of obedience and to place monuments to deserters in public squares otherwise consecrated to Martin Luther, Frederick the Great, Bismark, Goethe, and Schiller.

A monument to desertion poses something of a conceptual and aesthetic challenge. A few of the monuments erected to deserters throughout Germany were of lasting artistic value and one, by Hannah Stuetz Menzel at Ulm, at least managed to suggest the contagion that such high-stakes acts of disobedience can potentially inspire.

On the Importance of Insubordination

Acts of disobedience are of interest to us when they are exemplary and especially when, as an example, they set off a chain reaction, prompting others to emulate them. Then we are in the presence less of an individual act of cowardice or conscience (and perhaps both!) than a social phenomenon that can have massive political effects. Multiplied many thousand-fold, such petty acts of refusal may, in the end, make an utter shambles of the plans dreamed up generals and heads of state. Such petty acts of insubordination typically make no headlines. But just as millions of anthozoan polyps create, willy-nilly, a coral reef, so do thousands upon thousands of acts of insubordination and evasion create an economic or political barrier reef of their own. A double conspiracy of silence shrouds these acts in anonymity. The perpetrators rarely seek to call attention to themselves; their safety lies in their invisibility. For their part, officials are reluctant to call attention to rising levels of disobedience; to do would risk encouraging others and call attention to their fragile moral sway. The result is an oddly complicitous silence that all but expunges such forms of insubordination from the historical record.

And yet, such acts of what I have elsewhere called "everyday forms of resistance" have had enormous, often, decisive, effects on the regimes, states, and armies at which they are implicitly directed. The defeat of the Southern Confederate States in America's great Civil War can almost certainly be attributed to a vast aggregation of acts of desertion and subordination. In the fall of 1862, little more than a year after the war began, there were widespread crop-failures in

the South. Soldiers, particularly those from the non-slave-holding back-country were getting letters from famished families urging them to return home. Many thousands did, often as whole units, taking their arms with them. Having returned to the hills, most of them actively resisted conscription for the duration of the war.

Later following the decisive Union victory at Missionary Ridge in the winter of 1863, the writing was on the wall and the Confederate forces experienced a veritable hemorrhage of desertions, again, especially from small-holding, up-country recruits who had no direct interest in the preservation of slavery, especially when it seemed likely to cost them their own life. Their attitude was summed up in a popular slogan of the time in the Confederacy that the war was "A rich man's war and a poor man's fight", a slogan only reinforced by the fact that rich planters with more than 20 slaves could keep one son at home, presumably to assure labor discipline. All told, something like a quarter of a million eligible draft-age men deserted or evaded service altogether. To this blow, absorbed by a Confederacy already overmatched in manpower, must be added the substantial numbers of slaves, especially from the border states, who ran to the Union lines and many of whom actually enlisted in the Union forces. Last, it seems that the remaining slave population, cheered by Union advances and reluctant to exhaust themselves to increase war-production, dragged their feet whenever possible and frequently absconded at well to refuges such as the great Dismal Swamp where they could not be easily tracked. Thousands upon thousands of acts of desertion, shirking, absconding, intended to be unobtrusive and to escape detection, amplified the manpower and industrial advantage of the Union forces and may well have been decisive in its ultimate defeat.

Napoleon's wars of conquest were ultimately crippled by comparable waves of disobedience. While it is claimed that Napoleon's invading soldiers brought to French Revolution to the rest of Europe in their knapsacks, it is also no exaggeration to see that the limits of these conquests were sharply etched by the disobedience of the men expected to shoulder those knapsacks. From 1794 to 1796 under the Republic, and then again from 1812, as Emperor, the difficulty of scouring the countryside for conscripts was crippling. Families, villages, local officials, and whole cantons conspired to welcome back recruits who had fled and to conceal those who had evaded conscription altogether, some by the severing one or more fingers of their right hand. The rates of draft evasion and desertion were something of a popular referendum on the popularity of the regime and, given their strategic importance of these "voters-with-their-feet" to the needs of Napoleon's quartermasters, the referendum was conclusive. While the citizens of the First Republic and of Napoleon's Empire may have warmly embraced the promise of universal citizenship, they were less enamored of its logical twin, universal conscription.

Stepping back a moment, it's worth noticing something particular about these acts: they are virtually all anonymous, they do not shout their name. In fact their unobtrusiveness contributes to their effectiveness. Desertion is quite different from an open mutiny that directly challenges military commanders. It makes no public claims, it issues no manifestos; it is "exit" rather than "voice". And yet, once apprehended, it constrains the ambitions of commanders who know they may not be able to count on their conscripts. During the unpopular American War in Vietnam, the reported "fragging" i.e. throwing a fragmentation grenade) at officers who repeatedly exposed their men to deadly patrols was a far more dramatic and violent, but nevertheless still anonymous act meant to lessen the deadly risks of war for conscripts. One can well imagine how reports of fragging, whether true or not, might make officers hesitate to volunteer themselves and their men for dangerous missions. To my knowledge, no study has ever looked into the actual incidence of fragging, let alone the effects it may have had on the conduct and termination of the war. The complicity of silence is, in this case as well, reciprocal.

Quiet, anonymous, and often complicitous, law-breaking and disobedience may well be the historically preferred mode of political action for peasant and subaltern classes for whom open defiance is too dangerous. For the two centuries from roughly 1650 to 1850, poaching (of wood, game, fish, kindling, fodder, etc) from Crown or private lands was the most "popular" crime in England. By "popular" I mean both the most frequent and the most heartily approved of by commoners. Since the rural population had never accepted the claim of the crown or the nobility to "the free gifts of nature" in forests, streams and wastelands, they violated those property rights en masse repeatedly, enough to make the elite claim to property rights in many areas a dead letter. And yet, this vast conflict over property rights was conducted surreptitiously from below with virtually no public declaration of war. It is as if villagers had managed, de facto,

defiantly to practice their claim to such lands without ever making a formal claim. It was often remarked that the local complicity was such that game keepers could rarely find any villager who would serve as state's witness.

In the historical struggle over property rights the antagonists on either side of the barricades have used the weapons that most suited them. Elites, controlling the law-making machinery of the state have deployed bills of enclosure, paper titles, and freehold tenure, not to mention the police, game-keepers, forest guards, the courts, and the gibbet to establish and defend their property rights. Peasants and subaltern groups, having no access to such heavy weaponry, have, instead relied on techniques such as poaching, pilfering, and squatting to contest those claims and assert their own. Unobtrusive and anonymous, like desertion, these 'weapons of the weak' stand in sharp contrast to open public challenges that aim at the same objective. Thus, desertion is a lower risk alternative to mutiny, squatting a lower risk alternative to a land invasion, poaching a lower risk alternative to the open assertion of rights to timber, game, or fish. For most of the world's population today, and most assuredly for subaltern classes historically, such techniques have represented the only quotidian form of politics available. When they have failed, they have given way to more desperate, open conflicts such as riots, rebellions, and insurgency. These bids for power erupt suddenly into the official record, leaving traces in the archives beloved of historians and sociologists who, having documents to batten on, assign them a pride of place all out of proportion to the role they would occupy in a more comprehensive account of class struggle. Quiet, unassuming, quotidian insubordination, because it usually flies below the archival radar, waves no banners, has no office-holders, writes no manifestos, and has no permanent organization, escapes notice. And that's just what the practitioners of these forms of subaltern politics have in mind: to escape notice. You could say that, historically, the goal of peasants and subaltern classes has been to stay out of the archives. When they do make an appearance, you can be pretty sure that something has gone terribly wrong.

If we were to look at the great bandwidth of subaltern politics all the way from small acts of anonymous defiance to massive popular rebellions we would find that outbreaks of riskier open confrontation are normally preceded by an increase in the tempo of anonymous threats and acts of violence: e.g. threatening letters, arson and threats of arson, cattle houghing, sabotage and night-time machine-breaking, and so on. Local elites and officials knew these as the likely precursors of open rebellion; and they were intended to be read as such by those who engaged in them. Both the frequency of insubordination and its 'threat level' (pace Office of Homeland Security) were understood by contemporary elites as early warning signs of desperation and political unrest. One of the first op-eds of the young Karl Marx noted in great detail the correlation between, on the one hand, unemployment and declining wages among factory workers in the Rhineland and the frequency of prosecution for the theft of firewood from private lands on the other.

The sort of law-breaking going on here is, I think, a special sub-species of collective action. It is not often recognized as such, in large part because it makes no open claims of this kind and because it is, almost always, self-serving at the same time. Who is to say whether the poaching hunter is more interested in a warm fire and rabbit stew than in contesting the claim of the aristocracy to the wood and game he has just taken? It is most certainly not in his interest to help the historian with a public account of his motives. The success of his claim to wood and game lies in his acts and motives remaining shrouded. And yet, the long run success of this law-breaking depends on the complicity of his friends and neighbors who may believe in his and their right to forest products and may themselves poach and, in any case, will not give witness against him or turn him into the authorities.

One need not have an actual conspiracy in order to achieve the practical effects of a conspiracy. More regimes have been brought, piecemeal, to their knees by what was once called "Irish democracy", the silent, dogged resistance, withdrawal, and truculence of millions of ordinary people, than by revolutionary vanguards or rioting mobs

More on Insubordination

To see how tacit coordination and law-breaking can mimic the effects of collective action without its inconveniences and dangers, we might consider the enforcement of speed limits. Let's imagine that the speed limit for cars is 55 miles per hour. Chances are that the traffic police will not be much inclined to prosecute drivers going 56, 57, 58… even 60 miles per hour even though it is technically a violation. This 'ceded space of disobedience' is, as it were, seized and becomes occupied territory and soon much of the traffic is moving along at roughly 60 mph. What about 61, 62, 63mph? Divers going just a mile or two above the de facto limit are, they reason, fairly safe. Soon the speeds from, say, 60 to 65mph bid fair to become conquered

territory as well. All of the drivers, then, going about 65mph come absolutely to depend for their relative immunity from prosecution on being surrounded by a veritable capsule of cars traveling at roughly the same speed. There is something like a contagion-effect that arises from observation and tacit coordination taking place here although there is no "Central Committee of Drivers" meeting and plotting massive acts of civil disobedience. At some point, of course, the traffic police do intervene to issue fines and make arrests and the pattern of their intervention sets terms of calculation that drivers must now consider when deciding how fast to drive. The pressure at the upper end of the tolerated speed, however, is always being tested by drivers in a hurry and if, for whatever reason, the enforcement lapses; the tolerated speed will expand to fill it. As with any analogy, this one must not be pushed too far. Exceeding the speed limit is largely a matter of convenience, not a matter of rights and grievances, and the dangers to speeders, from the police, are comparatively trivial. [If, on the contrary, we had a 55 mph speed limit and, say, only three traffic police for the whole nation, who summarily executed five or six a speeders and strung them up along the interstate highways, the dynamic I have described would screech to a halt!]

I've noticed a similar pattern in the way that what begin as 'short-cuts' in walking paths often end up becoming paved walkways. Imagine a pattern of daily walking trajectories that, were they confined to paved sidewalks, would oblige people to negotiate the two sides of a right triangle rather than striking out along the (unpaved) hypotenuse. Chances are, a few will venture the short-cut, and if not thwarted, establish a short-cut that others will, in turn, be tempted to take merely to save time. If the short-cut is heavily trafficked and the grounds-keepers relatively tolerant, the short-cut may well, over time come to be paved. Tacit coordination again. Of course, virtually all of the lanes in older cities that grew from smaller settlements were created in precisely this way; they were the formalization of daily pedestrian and cart tracks (e.g. from the well to the market, from the church or school to the artisan quarter, etc). A good example of the principle that "We Make the Path by Walking."

The movement from practice to custom, to rights inscribed in law is, in fact, an accepted pattern in both common and positive law. In the Anglo-American tradition, it is represented by the law of adverse possession, whereby, a pattern of trespass or seizure of property, repeated continuously for a certain number of years can be used to claim a right that would then be legally protected. In France, a practice of trespass that could be shown to be of long-standing would qualify as a custom and, once proved, would establish a right in law.

Under authoritarian rule it seems patently obvious that subjects who have no elected representatives to champion their cause and are denied the usual means of public protest (demonstrations, strikes, organized social movement, dissident media, etc)., would have no other recourse than foot-dragging, sabotage, poaching, theft and, ultimately, revolt. Surely the institutions of representative democracy and the freedoms of expression and assembly afforded modern citizens make such forms of dissent obsolete. After all, the core purpose of representative democracy is precisely to allow democratic majorities to realize their claims, however ambitious, in a thoroughly institutionalized fashion.

It is a great irony that this great promise of democracy is rarely realized in practice. Most of the great political reforms of the 19th and 20th centuries have been accompanied by massive episodes of civil disobedience, riot, law-breaking, the disruption of public order and, at the limit, civil war. Such tumult, I would argue, not only accompanied dramatic political changes but was, often, absolutely instrumental in bringing it about. Representative institutions and elections by themselves, sadly, seem rarely to bring about major changes in the absence of the force majeure afforded by, say, a great economic depression or international war. Owing to the concentration of property and wealth in liberal democracies and the privileged access to media, culture, and political influence these positional advantages afford the richest stratum, it is little wonder that, as Gramsci noted, giving the working class the vote did not translate into radical political change. Ordinary parliamentary politics, then, is noted more for its immobility than for facilitating major reforms.

We are obliged; if this assessment is broadly true, to confront the paradox of the contribution of law-breaking and disruption to democratic political change. Taking 20th century United States as a case in point, we can identify two major policy reform periods; the Depression of the 1930s and the Civil Rights Movement of the 1960s. What is most striking about each, from this perspective, was the vital role massive disruption and threats to public order to the process of reform.

The great policy shifts represented by unemployment compensation, massive public works, social security, and the Agri-

cultural Adjustment Act were, to be sure, abetted by the emergency of the world depression. But the way in which the economic emergency made its political weight felt was not through statistics on income and unemployment but through rampant strikes, looting, rent boycotts, quasi-violent sieges of relief offices and riots that put what my mother would have called "the fear of God" in business and political elites. They were thoroughly alarmed at what seemed at the time to be potentially revolutionary ferment. The ferment, in question, was, in the first instance, not institutionalized. That is to say, it was not initially shaped by political parties, trade unions, or recognizable social movements, it represented no coherent policy agenda; instead it was genuinely unstructured, chaotic, and full of menace to the established order. For this very reason, there was no one to bargain with, no one to credibly offer peace in return for policy changes. The menace was directly proportional to its lack of institutionalization. One could bargain with a trade union or a progressive reform movement, institutions that were geared into the institutional machinery. A strike was one thing; a wild-cat strike was another; even the union bosses couldn't call off a wild-cat strike. A demonstration, even a massive one, with leaders was one thing; a rioting mob was another; there were no coherent demands, no one to talk to.

The ultimate source of the massive spontaneous militancy and disruption that threatened public order lay in the radical increase in unemployment and the collapse of wage-rates for those lucky enough to still be employed. The normal conditions that sustained routine politics suddenly evaporated. Neither the routines of governance nor the routines of institutionalized opposition and representation made much sense. At the individual level the de-routinization took the form of vagrancy, crime, and vandalism. Collectively, it took the form of spontaneous defiance in riot, factory occupations, violent strikes, and tumultuous demonstrations. What made the rush of reforms possible were the social forces unleashed by the depression which seemed beyond the ability of political elites, property owners, and, it should be noted, trade unions and left wing parties to master. The hand of the elites was forced.

An astute colleague of mine once observed that liberal democracies in the West were generally run for the benefit of the top, say, 20% of the wealth and income distribution. The 'trick', he added, to keeping this scheme running smoothly has been to convince, especially at election time, the next 30 to 35% of the income distribution to fear the poorest half more than they envy the richest 20%. The relative success of this scheme can be judged by the persistence of income inequality–and more recently its sharpening-- over more than a half century. When this scheme comes undone are at times of general crisis when popular anger overflows its normal channels and threatens the very parameters within which routine politics operates. The brutal fact of routine, institutionalized liberal democratic politics is that the interests of the poor are largely ignored until and unless a sudden and dire crisis catapults them into the streets. As Martin Luther King noted, "A riot is the language of the unheard." Large scale disruption, riot, and spontaneous defiance have always been the most potent political recourse of the poor. Such activity is not without structure. It is structured by informal, self-organized, and transient networks of neighborhood, work and family that lie outside the formal institutions of politics. This is structure alright, just not the kind amenable to institutionalized politics.

Perhaps the greatest failure of liberal democracies is their historical failure to successfully protect the vital economic and security interests of their less advantaged citizens through their institutions. The fact that democratic progress and renewal appears, instead, to depend vitally on major episodes of extra-institutional disorder is massively in contradiction with the promise of democracy as the institutionalization of peaceful change. And it is just as surely a failure of democratic political theory that it has not come to grips with the central role of crisis and institutional failure in those major episodes of social and political reform when the political system is re-legitimated.

It would be wrong and, in fact, dangerous to claim that such large scale provocations always, or even generally, lead to major structural reform. They may instead lead to growing repression, restriction of civil right and, in extreme cases, to the overthrow of representative democracy. Nevertheless, what is undeniable that most major episodes of major reform have not been initiated without major disorders and the rush of elites to contain and normalize them. One may legitimately prefer the more 'decorous' forms of rallies and marches that are committed to non-violence and seek the moral high-ground by appealing to law and democratic rights. Such preferences aside, structural reform has rarely been initiated by decorous and peaceful claims.

The job of trade unions, parties, and even of radical social movements is precisely to institutionalize unruly protest and anger. Their function is, one might say, to try to translate anger, frustration, and pain into a coherent political program that

can be the basis of policy-making and legislation. They are the transmission belt between an unruly public and rule-making elites. The implicit assumption is that if they do their jobs well, they not only fashion political demands that are, in principle, digestible by legislative institutions but that they will, in the process, discipline and regain control of the tumultuous crowds by plausibly representing their interests, or most of them, to the policy-makers. Those policy-makers negotiate with such "institutions of translation" on the premise that they command the allegiance of, and can, hence, control the constituencies which they purport to represent. In this respect, it is no exaggeration to say that organized interests of this kind are parasitic on the spontaneous defiance of those whose interests they presume to represent. It is that defiance that is, at such moments, the source of what influence they have as governing elites strive to contain and channel insurgent masses back into normal politics.

Another paradox: at such moments, organized progressive interests achieve a level of visibility and influence on the basis of defiance that they neither incited nor controlled, and they achieve that influence on the presumption they will then be able to discipline enough of that insurgent mass to reclaim it for politics as usual. If they are successful, of course, the paradox deepens, since as the disruption on which they rose to influence subsides, so does their capacity to affect policy.

The civil rights movement in the 1960s and the speed with which both federal voting registrars were imposed on the segregated south and the Voting Rights Act was passed largely fit the same mold. The wide-spread voter-registration drives, freedom rides, and sit-ins were the product of a great many centers of initiative and imitation. Efforts to coordinate, let alone organize, this bevy of defiance, eluded many of the ad hoc bodies established for this purpose (e.g. the Student Nonviolent Coordinating Committee, SNCC) let alone the older, mainstream civil-rights organizations like the National Association for the Advancement of Colored People, NAACP, the Congress on Racial Equality, CORE, and the Southern Christian Leadership Conference, SCLC. The enthusiasm, spontaneity and creativity of the cascading social movement ran far ahead of the organizations wishing to represent, coordinate, and channel it.

Again, it was the widespread disruption, caused in large part by the violent reaction of segregationist vigilantes and public authorities that created a crisis of public order throughout much of the south. Legislation that had languished for years was suddenly rushed through Congress as the Kennedys strived to contain the growing riots and demonstrations, their resolve stiffened by the context of the Cold War in which the violence in the south could plausibly be said to characterize a racist state. Massive disorder and violence achieved, in short order, what decades of peaceful organizing and lobbying had failed to attain.

I began this essay with the fairly banal example of crossing against the traffic lights in Neubrandenburg. The purpose was not to urge law-breaking for its own sake, still less for the petty reason of saving a few minutes. My purpose was rather to illustrate how ingrained habits of automatic obedience could lead to a situation that, upon reflection, virtually everyone would agree was absurd. Virtually all the great emancipatory movements of the past three centuries have initially confronted a legal order, not to mention police power, arrayed against them. They would scarcely have prevailed had not a handful of brave souls been willing to breach those laws and customs (e.g. sit-ins, demonstrations, mass violations of pass laws). Their disruptive actions, fueled by indignation, frustration, and rage made it abundantly clear that their claims could not be met within the existing institutional and legal parameters. Thus immanent in their willingness to break the law was not so much a desire to sow chaos as to re-institute a more just legal order. To the extent that our current 'rule of law' is more capacious and emancipatory that its predecessors, we owe much of that gain to law-breakers.

Advertisement: "Leader looking for followers, willing to follow your lead."

Riots and disruption are not the only way the "unheard" make their voices felt. There are certain conditions in which elites and leaders are especially attentive to what they have to say, to their likes and dislikes. Consider the case of charisma. It is common to speak of someone possessing charisma the way in which they could be said to have $100 in their pocket or a BMW in their garage. In fact, of course, charisma is a relationship; it depends absolutely on an audience and on culture. A charismatic performance in Spain or Afghanistan might not be even remotely charismatic in Laos or Tibet. It depends, in other words on a response, a resonance with those witnessing the performance. And in certain circumstances elites work very hard to elicit that response, to find the right note, to harmonize their message with the wishes and tastes of their listeners and spectators. At rare moments, one can see this at work in real time. Consider the

case of Martin Luther King, for certain audiences perhaps the most charismatic American public political figure of the twentieth century. Thanks to Taylor Branch's sensitive and detailed biography of King and the movement, we can actually see this searching for the right note at work in real time and in the call-and-response tradition of the African-American church. I excerpt, at length, Branch's account of the speech King gave at the Holt Street YMCA in December 1955, after the conviction of Rosa Parks and on the eve of the Montgomery Bus Boycott.

"We are here this evening--for serious business" he said, in even pulses, rising and then falling in pitch. When he paused, only one or two "yes" responses came up from the crowd, and they were quite ones. It was a throng of shouters he could see but they were waiting to see where he would take them… [he speaks of Rosa Parks as a fine citizen]

"And I think I speak with–with legal authority–not that I have any legal authority….that the law has never been totally clarified." This sentence marked King as a speaker who took care with distinctions, but it took the crowd nowhere. …..Nobody can doubt the height of her character, no one can doubt the depth of her Christian commitment" That's right a soft chorus answered. "And just because she refused to get up, she was arrested," King repeated. The crowd was stirring now, following King at the speed of a medium walk.

He paused slightly longer. "And you know, my friends, there comes a time ", he cried, "when people get tired of being trampled over by the iron feet of oppression." A flock of "Yeses" was coming back at him when suddenly the individual responses dissolved into a rising cheer and applause exploded beneath that cheer–all within the space of a second. The startling noise rolled on and on, like a wave that refused to break, and just when it seemed that the roar must finally weaken, a wall of sound came in from the enormous crowd outdoors to push the volume still higher. Thunder seemed to be added to the lower register–the sound of feet stomping on the wooden floor–until the loudness became something that was not so much heard as sensed by vibrations in the lungs. The giant cloud of noise shook the building and refused to away. One sentence had set it loose somehow, pushing the call-and-response of the Negro church past the din of a political rally and on to something else that King had never known before. There was a rabbit of enormous proportions in those bushes. As the noise finally fell back,, King's voice rose above it to fire again. "There comes a time, my friends, when people get tired of being thrown across the abyss of humiliation, when they experience the bleakness of nagging despair," he declared. "There comes a time when people get tired of getting pushed out of the glittering sunlight of life's July, and left standing amidst the piercing chill of an Alpine November. There…" King was making a new run, but the crowd drowned him out. No one could tell whether the roar came in response to the nerve he had touched, or simply out of pride in the speaker from whose tongue such rhetoric rolled s easily. "We are here–we are here because we are tired now." King repeated.[1]

The pattern Branch so vividly depicts here is repeated in the rest of this particular speech and in most of King's speeches. Charisma is a kind of perfect pitch. King develops a number of themes and a repertoire of metaphors for expressing them. When he senses a powerful response he repeats the theme in a slightly different way to sustain the enthusiasm and elaborate it. As impressive as his rhetorical creativity is, it is utterly dependent on finding the right pitch that will resonate with the deepest emotions and desires of his listeners. If we take a long view of King as a spokesman for the black Christian community, the civil rights movement, and non-violent resistance (each a somewhat different audience) we can see how, over time, the seemingly passive listeners to his soaring oratory helped write his speech for him. They, by their responses, selected the themes that made the vital emotional connection, themes that King would amplify and elaborate in his unique way. The themes that resonated grew; those that elicited little response, dropped from King's repertoire. It was for sure a two-part harmony as are all charismatic acts.

The key condition for charisma is listening very carefully and responding. The condition for listening very carefully is a certain dependence on the audience, a certain relationship of power. One of the characteristics of great power is not having to listen. Those at the bottom of the heap are, in general, better listeners than those at the top. The quality life world of a slave, a serf, a share-cropper, a worker, a domestic depends greatly on an accurate reading of the mood and wishes of the powerful; slave owners, landlords, and bosses can often ignore the wishes of their subordinates. The structural conditions that encourage such attentiveness are therefore the key to this relationship. For King the attentiveness was built into being

1 Taylor Branch, Parting the Waters: America in the King Years, 1954-63 (New York: Simon and Schuster, 1988)

asked to lead the Montgomery bus boycott and being dependent on the enthusiastic participation of black community.

To see how such counter-intuitive "speech-writing" works in other contexts, let's imagine a bard in the medieval marketplace who sings and plays music for a living. Let's assume also, for purposes of illustration, that the bard in question is a "down-market' performer–that he plays in the poor quarters of the town and is dependent on a copper or two from many of his listeners for his daily bread. Finally, let's further imagine that the bard has a repertoire of a thousand songs and is new to the town.

My guess is that the bard will begin with a random selection of songs or perhaps the ones that were favored in the previous town(s) he visited. Day after day he observes the response of his listeners and the number of coppers in his hat at the end of the day. Perhaps they make requests. Over time, surely, the bard, providing only that he is self-interestedly attentive, will narrow his performance to the tunes and themes favored by his audience–certain sings will drop out of his active repertoire and others will be performed repeatedly. The audience will have, again over time, shaped his repertoire in accordance with their tastes and desires in much the way that King's audience, again over time, shaped his speeches. This rather skeletal story doesn't allow for the creativity of the bard or orator constantly trying out new themes and developing them or for the evolving tastes of the audience but it does illustrate the essential reciprocity of charismatic leadership.

The illustrative "bard" story is not far removed from the actual experience of a Chinese student sent down to the countryside during the Cultural Revolution. Being of slight build and having no obvious skills useful to villagers, he was at first deeply resented as another mouth to feed while contributing nothing to production. Short of food themselves, the villagers gave him little or nothing to eat and he was gradually wasting away. He discovered, however, that the villagers liked to hear his late evening recitations of traditional folktales of which he knew hundreds. To keep him reciting in the evening, they would feed him small snacks to supplement his starvation rations. His stories literally kept him alive. What's more, his repertoire as with our mythical bard came over tine to accord with the tastes of his peasant audience. Some of his tales left them cold and, therefore, left him unfed! Some tales they loved and wanted to have told again and again. He literally sang for his supper but the villagers, as it were, called the tune. When private trade and markets were later allowed, he told tales in the district marketplace to a larger and different audience. Here too, his repertoire accommodated itself to his new audience.[2]

Politicians, anxious for votes in tumultuous times when tried and true themes seem to carry little resonance, are, like a bard or Martin Luther King, Jr., to keep their ears firmly to the ground to assess what moves the constituents whose support and enthusiasm they need. The first campaign for the Presidency of Franklin Delano Roosevelt, at the beginning of the Great Depression, is a striking case in point. Roosevelt was, at the outset of the campaign, a rather conservative democrat not inclined to promises or claims that were radical. In the course of the campaign however, mostly conducted at whistle-stops owing to the candidate's paralysis, the Roosevelt standard "speech" evolved, becoming more radical and expansive. Roosevelt and his speech-writers worked feverishly trying new themes, new phrasings, and new claims at whistle-stop after whistle-stop, adjusting the speech little by little depending on the response and the particular audience. Given the unprecedented poverty and unemployment, FDR confronted an audience that looked to him for hope and the promise of assistance and gradually the speech came to embody those hopes and the Roosevelt oral "platform" was, at the end of the campaign, far more radical than it had been at the outset. There was a real sense in which, cumulatively, the audience at the whistle-stops had written (or shall we say "selected") his speech for him. It wasn't just the speech that was transformed but Roosevelt himself who now saw himself embodying the aspirations of millions of his desperate countrymen.

This particular form of influence from below only works in certain conditions. If the bard was hired away by the local lord to sing him praise songs in return for room and board the repertoire would look very different. If a politician lives or dies largely by huge donations designed as much to shape public opinion as to accommodate it, he or she will pay less attention to rank and file supporters. A social or revolutionary movement not yet in power is likely to have better hearing than one that has come to power. The most powerful don't have to learn how to carry a tune. Or, as Kenneth Boulding put it, "…the larger and more authoritarian an organization [or state], the better the chance that its top decision-makers will be operating in purely imaginative worlds."[3]

2 Yan Yunxiang, conversation.

3 "The Economics of Knowledge and the Knowledge of Economics," American Economic Review, 58:1/2 (March, 1966) p. 8.